

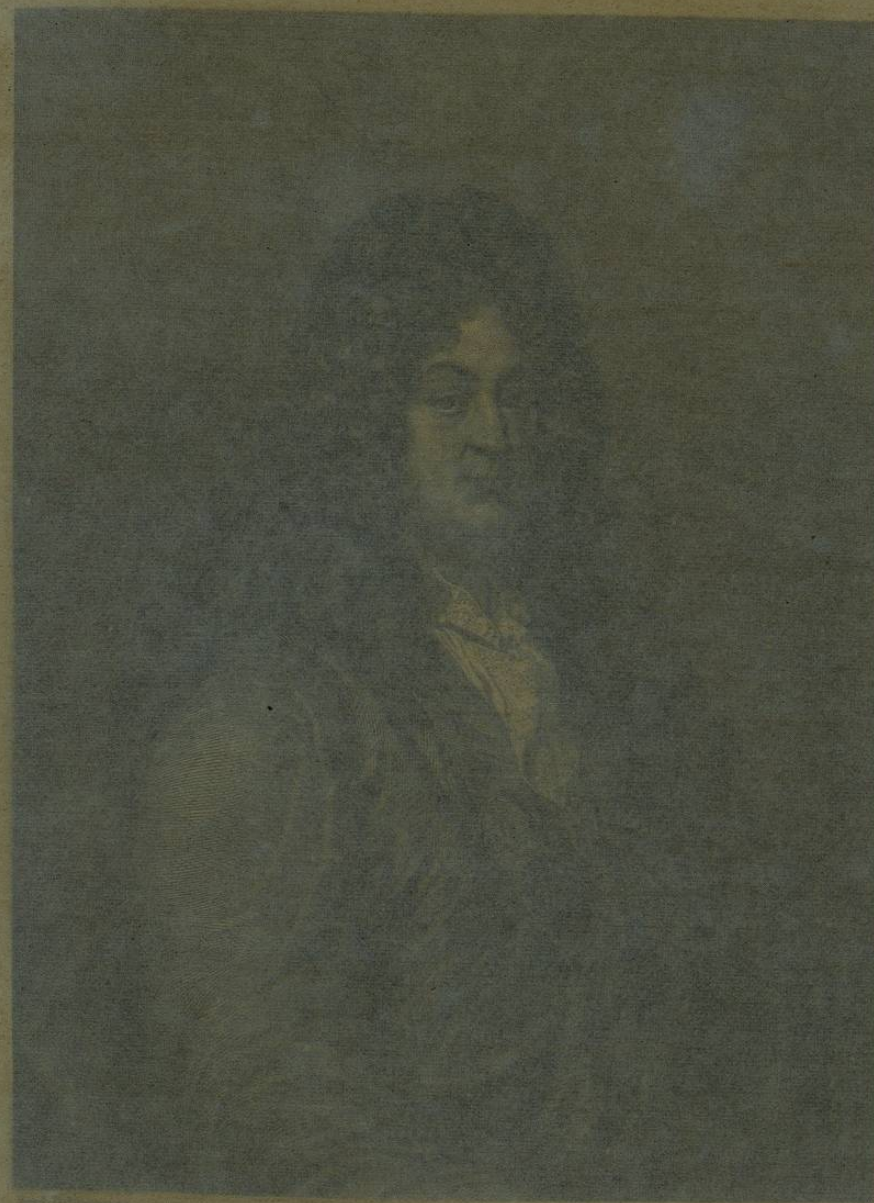
RACINE

I

Los grandes poetas, los poetas de genio, comprendiendo los líricos, los épicos y los dramáticos, forman dos familias que desde hace siglos se destronan alternativamente disputándose sin cesar la preeminencia y la gloria y entre las cuales se ha repartido con desigualdad, según las épocas, la admiración de los hombres.

Los poetas primitivos, fundadores, originales sin mezcla, hijos de sus obras, Homero, Píndaro, Esquilo, Dante y Shakespeare son unas veces postergados, otras preferidos, siempre opuestos, á los genios laboriosos regulares, dóciles, esencialmente educables y perfectibles de las épocas medias. Horacio, Virgilio, Tasso, son las lumbreras más brillantes de esta familia secundaria, considerada y con razón inferior á la primera, si bien más conocida, más querida, mejor comprendida y más accesible á todos.

Entre nosotros los que más descuellan son Corneille y Molière, figuras eminentes de esta familia secundaria. Boileau y Racine la decoran, sobre todo Racine, el más acabado, maravilloso y venerado de nuestros poetas. La propiedad de los escritores de este orden es contar siempre con la casi unanimidad de los sufragios, mientras que sus adversarios que los merecen más, son discutidos y vueltos á discutir un siglo y otro por cierta clase de críticos. Esta diferencia de renombre es consecuencia necesaria de la de los talentos. Los unos, verdaderamente predestinados y divinos, nacen con su lote, no se ocupan en aumentarlo en esta vida y lo prodigan profusamente en sus obras, pues tienen



RACINE

Garnier & Co., Éditeurs

RACINE

Los grandes poetas, los poetas de genio, comprendiendo los líricos, los épicos y los dramáticos, forman dos familias que desde hace siglos se destronan alternativamente disputándose sin cesar la preeminencia y la gloria y entre las cuales se ha repartido con desigualdad, según las épocas, la admiración de los hombres.

Los poetas primitivos, fundadores, originales sin mezcla, hijos de sus tiempos, Homero, Virgilio, Esquilo, Dante y Shakespeare, son más veces obediencia a los gustos que a las reglas, siempre opuestos, a los genios laboriosos y perfectibles de las épocas, como los hombres más brillantes de ellas, que se entregan a la primera inspiración que les sobreviene, y que, si no se les inspira, no se inspiran.

Entre los poetas que más abundan son Corneille y Molière, figuras eminentes de la familia secundaria. Boileau y Racine la decoran, sobre todo Racine, el más acabado, maravilloso y venerado de nuestros poetas. La propiedad de los escritores de este orden es contar siempre con la casi unanimidad de los sufragios, mientras que sus adversarios, que los merecen más, son discutidos y vueltos a discutir un siglo entero por cierta clase de críticos. Esta diferencia de renombre es consecuencia necesaria de la de los talentos. Los unos, verdaderamente genios, nacidos con su fama, se ocupan en aumentarla; los otros, que se esfuerzan por merecerla, pues tienen



Ferd Delaney sc.

Imp. Ch. Chardon auct.

RACINE

Garnier frères, Éditeurs.

en sí mismos un tesoro inagotable. Crean, sin inquietarse ni aún darse cuenta de sus medios de acción; no se reconcentran á cada paso en sí; no vuelven la cabeza á cada instante para medir el camino andado y el que todavía les falta recorrer: marchan á grandes jornadas sin cansarse nunca. Se verifican en ellos cambios misteriosos que algunas veces alcanzan á trasformar su genio; sufren estos cambios como leyes que se imponen, sin mezclarse en ellos, sin ayudarlos artificialmente, como no apresura el hombre la venida de las primeras canas, ni el pájaro la muda de sus plumas, ni el árbol el cambio de color de su follaje que viene fatalmente segun las estaciones. Y procediendo así por impulso natural de leyes interiores, consiguen dejar señales duraderas de su fuerza colosal en obras sublimes, monumentales, de un órden superior bajo una aparente irregularidad, como en la naturaleza, y como esta cortadas por abismos hondos y erizadas de altas cimas. Esto en cuanto á los unos. Los otros tienen necesidad de nacer en circunstancias propicias, de ser cultivados por la educación y de madurar al sol; desarróllanse lentamente, conscientemente, fecundándose con el estudio y dándose á luz con arte. Suben todos los pedruzcos, recorren los intervalos enteros y no llegan al fin de un solo salto. Su genio crece con el tiempo y se edifica como un palacio al que cada año se le agregara un piso. Tienen largas horas de silencio y de recogimiento durante las cuales se detienen para reflexionar, revisar sus planes y deliberar. De esta manera el edificio, si alguna vez se termina, es de una concepción sabia, noble, admirable, de una armonía que desde luego llama la atención y de una ejecución perfecta y acabada. El espectador descubre sin trabajo y sube con una especie de satisfecho orgullo la escala de las ideas por las que sube el genio del artista. Como ha dicho muy justamente el Padre Tournemine, jamás se admiran en un autor cualidades cuyo germen y cuyas raíces no están en el suelo; de donde se sigue que en las obras de los genios superiores hay una altura relativa hasta la cual los inferiores se elevan, pero de la cual no pasan, juzgando desde allí el conjunto como pueden. Es casi lo que sucede en las cordilleras con las familias de plantas, que sólo se elevan á determinada altura; ó más bien con las familias de aves, cuyo vuelo en el aire no pasa de cierto límite. Ahora bien; si á la altura relativa á que ciertos espíritus puedan elevarse en la intelligen-

cia del poema no se encuentra una cualidad correspondiente, que sea como una piedra en que apoyar el pié, como una plataforma para descubrir todo el paisaje; si hay allí una roca á pico, un escarpado, un abismo ó un torrente, ¿qué sucederá? Los espíritus que no encuentren en su vuelo un sitio donde posarse, volverán como la paloma del arca sin traer siguiera el ramo de oliva.

Supongamos que yo estoy en Versálles por la parte del jardin y que subo la escalera, que me falta el aliento y me detengo á la mitad del camino; desde allí no puedo descubrirlo todo, pero veo las líneas principales del castillo y aprecio su regularidad, miéntras que trepando por un tortuoso sendero de las márgenes del Rhin para llegar á una torreilla gótica, si me detengo cansado á mitad de la subida, me expongo á que un árbol ó un movimiento del terreno oculte á mis ojos lo que quiero descubrir.

Pero digámoslo todo. Los espíritus superiores, los genios á pico, si son diversamente apreciados por los inferiores, sufren ellos mismos las consecuencias de la elevacion ó la distancia, pues no alcanzan á distinguir las diferencias entre tantos talentos estimables que vistos desde muy alto, les aparecen todos confundidos al nivel de la llanura.

Versálles y el Rhin. Esta es la verdadera imágen de las dos poesías. La poesía raciniana es de tal suerte que á cualquiera altura se encuentran puntos de vista. La de Shakespeare es escarpada y ruda y no puede abrazarse desde todas partes el conjunto. Conocemos hombres de buena voluntad que han hecho esfuerzos por llegar á él y que despues de tropezar con la vista en las matas y en las quebraduras de la senda, han vuelto diciendo de buena fe que no habia nada allá arriba; una vez en el llano, la torre encantada les aparecia de nuevo, allá á lo léjos, entre rhinianas brumas.

Pero dejemos á Shakespeare, y tratemos de subir despues de tantos otros los escalones, resbaladizos ya á fuerza de uso, que conducen al templo de mármol de Racine.

Nació Racine en la Ferté-Milon en 1639 y quedó huérfano desde tierna edad. Á la muerte de sus padres fué confiado á su abuelo materno que le puso desde muy niño en el colegio de Beauvais. Cuando su abuelo murió pasó al convento de *Port-Royal des Champs*, donde vivian retiradas su abuela y una de sus tías. De allí datan los primeros deta-

lles interesantes de la infancia del poeta que han llegado á nosotros.

El ilustre solitario Antonio Le Maître le profesó una amistad singular; y se conserva una carta que durante las persecuciones escribió á su infantil amigo, recomendándole que fuera dócil y que cuidara en su ausencia sus once volúmenes de San Crisóstomo.

El *pequeño Racine* llegó rápidamente á leer en el texto los autores griegos; los extractaba, los comentaba y los sabía de memoria. Así aprendió sucesivamente Plutarco, *el Banquete* de Platon, San Basilio y Píndaro. Revelaba ya su naturaleza discreta, inocente y soñadora, dando largos paseos con un libro en la mano (que no siempre leía) por las amenas soledades cuyo encanto sentia hasta el enternecimiento. Sus nacientes aptitudes se ejercitaban en traducir al frances los conmovedores himnos del Breviario, traducciones en verso que más tarde corrigió. Se complacia particularmente en celebrar su retiro de Port-Royal, el paisaje, el estanque, los prados y los jardines. Las producciones que poseemos de su juventud dan testimonio de sentimiento verdadero, mal oculto bajo la inexperiencia y la debilidad de la expresion y del color; con alguna atencion se descubre en ciertos pasajes como un eco lejano, como un vago preludio de los coros de *Esther*.

Tres años permaneció en Port-Royal saliendo al cabo de ellos para el colegio de Harcourt (Paris). Las impresiones piadosas y severas que habia recibido de sus primeros maestros se fueron debilitando poco á poco. Su amistad con jóvenes amables, galantes y disipados, con el abate Le Vasseur, con La Fontaine, á quien conoció desde aquel tiempo, aumentaron su aficion á la poesía, á la novela y al teatro. Hacía sonetos de amor á despecho de los de Port-Royal y de los jansenistas que le escribian cartas y más cartas con amenazas de anatema. Desde 1660 mantuvo relaciones con los comediantes á propósito de una obra suya que no conocemos. Su oda *Á las ninfas del Sena* con motivo del casamiento del rey fué remitida en consulta á Chapelain, que *la recibió con la mayor bondad y enfermo y todo la conservó tres dias, haciendo por escrito algunas observaciones*. La observacion más importante escrita por Chapelain al márgen de la oda se refiere á los tritones, *que viven en el mar y no en los rios*. Esta obra valió á Racine la proteccion de Chapelain y una gratificacion de Colbert. Su primo Vitart, intendente del castillo de Chevreuse, le mandó al castillo para vigilar á los carpin-

teros, vidrieros y albañiles; pero estaba ya tan acostumbrado al bullicio y animación de París que se consideraba allí como en un destierro. Sus cartas de Chevreuse están fechadas en *Babilonia* y en una de ellas dice: « Leo versos y trato de hacerlos; leo las aventuras de Ariosto y á mí mismo no me faltan. » Su tía, sus maestros y todos sus amigos de Port-Royal, viéndole en camino de perdición, se entendieron para sacarle de allí. Le persuadieron de la necesidad de un estado y le decidieron á partir para Uzès en el Languedoc (á casa de un tío materno que era canónigo regular de Santa Genoveva) con la esperanza de obtener un beneficio.

Pasó Racine en Uzès el invierno de 1661 y la primavera y el verano de 1662, vestido de negro de los pies á la cabeza, leyendo á Santo Tomás por complacer al buen canónigo y al Ariosto y á Eurípides por consolarse. Le agasajaban los curas y los maestros de escuela por adular á su tío y le consultaban los poetas y los enamorados á causa de su reciente renombre parisiense, debido principalmente á su célebre oda *sobre la paz*. Salía poco y se fastidiaba mucho en una ciudad cuyos habitantes le parecían por extremo interesados y rudos. Se comparaba á Ovidio en las márgenes del *Ponto Euxino* y temía estropear su frances con el corrompido de los meridionales. La misma naturaleza le seducía muy poco: « Si el país tuviera más delicadeza y no hubiera tantas rocas, se le tomaría por un verdadero país de Citeréa »; pero las rocas le importunan, el calor le sofoca y la cigarra le impide apreciar los ruiseñores. Encuentra las pasiones del Mediodía excesivas y violentas; él, sensible y templado, gusta de la reflexión y del silencio; se queda en su cuarto muchos días, leyendo mucho, sin sentir siquiera la necesidad de componer. Sus cartas al abate Le Vasseur son frías, finas, correctas, floridas, mitológicas, llenas de citas italianas y de alusiones galantes, pero discretas. No hay en ellas ni una palabra innoble ni una expresión que acuse ligereza juvenil; son de la más exquisita elegancia en la más íntima familiaridad.

Las mujeres del país le desvanecieron al principio y, á los pocos días de su llegada, escribió á La Fontaine estas frases que dan en qué pensar: « Todas las mujeres son aquí magníficas y se ajustan de una manera la más natural del mundo. En cuanto á la parte física, *Color verus, corpus solidum et succi plenum*; pero como esta es la primera

cosa de que me han dicho que me guarde, no quiero hablaros de ella; el hacer discursos sobre tal materia sería profanar la casa de un sacerdote: *Domus mea, domus orationis*. No esperéis, pues, que os hable más del asunto. Me han dicho que sea ciego, y ya que no pueda serlo del todo, quiero á lo ménos ser mudo; pues ya veis que entre regulares se debe ser regular, como he sido lobo cuando he estado con vos y con los otros lobos vuestros compadres. »

Prevalecieron sus costumbres naturalmente castas y reservadas, cuando dejó de ser arrastrado por sus compañeros de placer. Algunos meses más tarde contestaba seriamente á una insinuación del abate Le Vasseur, que á Dios gracias conservaba toda su libertad y que, si dejaba el país, saldría de él con el corazón tan libre y tan entero como le había llevado. Á este propósito refiere un peligro reciente al que felizmente había escapado. Este pasaje es poco conocido y arroja bastante luz para juzgar del alma de Racine, por lo que vamos á trascribirlo entero:

« Hay aquí una señorita muy bien conformada y de muy buena estatura, á quien yo nunca había visto sino á cinco ó seis pasos de distancia; la había encontrado muy hermosa: su tez me parecía de brillantez notable, sus ojos grandes y de un hermoso negro, su garganta, y lo demás que se descubre bastante libremente en el país, de extraordinaria blancura. Habíame inspirado siempre algo que se aproximaba á inclinación; pero no la veía más que en la iglesia, pues como ya os he dicho no salgo casi nunca, y además mi tío no me la había recomendado. Por fin quise ver de cerca si no me había equivocado en la idea que había formado de ella y aproveché una ocasión para acercarme y hablarla. Lo que os digo sucedió aún no hace un mes y yo no tenía más intención que ver la respuesta que me daba. Le hablé de cosas indiferentes; pero no bien abrí la boca y la miré con atención me quedé frío. Vi en su rostro unas manchas tan abigarradas y tan feas como si acabara de salir de una grave enfermedad; esto me hizo cambiar de parecer. Es indudable, sin embargo, que la vi en mala ocasión, pues pasa en la ciudad por muy bonita y conozco muchos jóvenes que suspiran por ella con todo su corazón. Pasa no sólo por bonita sino por una de las más prudentes. No me pesa el encuentro, que me ha servido para librarme de un principio de inquietud; ahora me dedico á vivir más razonablemente, no deján-

dome llevar por toda clase de impresiones. Empiezo mi noviciado... »

Entonces tenía Racine veintitres años. La ingenuidad de expresion, la candidez juvenil que brillan en su relato, marcan el punto de partida desde el cual se eleva gradualmente, á fuerza de experiencia, observacion y estudio, hasta las últimas profundidades de la pasion en *Fedra*.

Racine no acabó su noviciado. Se cansó de esperar un beneficio que se le ofrecia constantemente y nunca se le daba y dejando la provincia y los canónigos volvió á París con su oda de *La Fama á las Musas* que le valió una nueva gratificacion, su entrada en la corte y ser conocido de Despréaux y de Molière.

Poco despues compuso *La Tebaida*. Hasta alli Racine no habia encontrado en su camino más que amigos y protectores; su primer triunfo dramático despertó la envidia, que desde aquel momento sembró su carrera de dificultades y de enojos, agriando su irritable susceptibilidad y desanimándole más de una vez. La tragedia *Alejandro* le indispuso con Molière y con Corneille; con Molière por detalles de la representacion; con Corneille porque el ilustre anciano declaró al jóven poeta, despues de haber oido su obra, que anunciaba gran talento para la poesia en general, pero no para el teatro. En las representaciones, los partidarios de Corneille trataban de dificultar y deslucir el éxito. Unos decian que Alejandro no habia sido tan enamorado; otros que no salia á la escena sino para hablar de amor. Cuando pareció *Andrómaca* se criticó en Pirro la ferocidad; se le hubiera querido más pulido, más culto, más galante. Consecuencia del sistema de Corneille, que hacia á sus héroes de una pieza, buenos ó malos de la cabeza á los piés, á lo que Racine contestaba con muchísima razon: « Aristóteles, muy léjos de pedirnos héroes perfectos, exige por el contrario que los personajes trágicos, es decir, aquellos cuya desgracia forma la catástrofe de la tragedia, no sean enteramente buenos ni enteramente malos. No quiere que sean extremadamente buenos, porque el castigo de un hombre de bien excitaria la indignacion y no la lástima de los espectadores; no quiere que sean excesivamente malos, porque no hay compasion para el malvado. Es necesario, pues, que tengan una bondad incompleta, es decir, una virtud susceptible de debilidades, y que caigan en desgracia por alguna falta que haga compadecerlos sin hacer detestarlos. »

Insisto en este punto, porque la grande innovacion de Racine y su más incontestable originalidad dramática, consiste precisamente en esta reduccion de los personajes heroicos á proporciones más humanas y más naturales y en el delicado análisis de los más secretos matices del sentimiento y la pasion. Lo que distingue á Racine ante todo, en la composicion del estilo como en la del drama, es la serie lógica, la continuidad no interrumpida de las ideas y de los sentimientos; todo en él es motivado, sin que sorprendan los cambios repentinos ni los movimientos bruscos de que abusaba Corneille en sus caracteres y en sus dramas.

Estamos, sin embargo, léjos de reconocer, ni aún en esto, que la superioridad esté de parte de Racine; pero su teatro tenía la novedad, y la novedad mejor acomodada al gusto de una corte en la que se veian tantas debilidades; en la que nada brillaba más que á médias, caracteres, vicios y virtudes; en la que, para decirlo todo, la crónica amorosa abierta por una *La Vallière* debia cerrarse por una *Main-tenon*. Falta saber si este procedimiento empleado con exclusion de todos los demas, es verdaderamente dramático en el sentido absoluto de la palabra; por nuestra parte creemos que no; pero convengamos en que bastaria á la sociedad de entonces, que, en su cortesana ociosidad, no reclamaba un drama más agitado, más tempestuoso, más *transportante*, para hablar como madama de Sévigné, y que se contentaba con *Berenice* esperando la aparicion de *Fedra*, la obra capital del género en cuestion.

Racine compuso su *Berenice* por encargo de la duquesa de Orleans, que sostenia en la corte á los poetas nuevos y que en esta ocasion le dió un chasco á Corneille poniéndole frente á frente en campo cerrado de su jóven rival. Por otra parte Boileau, amigo fiel y sincero, defendia á Racine de la turba de autores envidiosos, le reanimaba en sus desalientos pasajeros y le excitaba, á fuerza de severidad y de exigencias, á progresar sin descanso. Esta vigilancia, esta censura diaria de Boileau, hubiera sido funesta, hubiera perjudicado á un autor de libre genio, de inspiracion impetuosa ó de gracia indolente; á Molière y á La Fontaine, por ejemplo; pero no pudo ménos de ser provechosa para Racine que, ántes de conocer á Boileau y salvo algunos toques á la italiana, seguia ya la senda de correccion y de ele-